

## Martes XIII del TO

### Ciclo B



2 de julio de 2024

Am 3, 1-8; 4,11-12

Sal 5

Mt 8,23-27

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Jesús propone ir a la otra orilla, al otro lado, es decir, fuera de Israel, a tierras no-judías. Tal propuesta es conflictiva, pues implica muchas renunciadas egoístas; y es arriesgada, pues supone abrirse al amor en un medio que puede reaccionar con hostilidad, como así sucedió con las persecuciones que sufrieron los cristianos (que es el tiempo en el que el Evangelio se escribe). Mateo nos habla en este pasaje de la tormenta de cómo seguir a Jesús y a qué Jesús seguir.

Hay que navegar hacia tierra pagana, lejos del ámbito israelita, de la seguridad familiar. Pero quienes huyen de la entrega amorosa a todos, van camino del fracaso. El único camino auténtico es asumir el riesgo del amor dado, aunque cueste mucho admitirlo-vivirlo. La borrasca es el símbolo de las pruebas-dramas-dificultades que se presentan en la travesía del mar de la vida. ¿Qué hacer ante ellas? ¿A quién acudir? La respuesta dependerá mucho de la visión que se tenga de Dios y de Jesús.

Los discípulos tienen a Jesús dormido (Marcos dirá que en la popa, es decir, en la parte de atrás, en el pasado).

Cuando Mateo escribe (ya pasado el año 70, tal vez por los 80) Jesús de Nazaret ya no está. Los cristianos proclaman al Cristo, a Jesús ya resucitado, plenificado por Dios a su diestra. Parece que algunas iglesias se centraron sólo en el Cristo resucitado en el cielo, olvidando al comprometedor Jesús terreno que anduvo el camino arriesgado. Hoy decimos, vivir **solo** a un Jesús en los ritos y oraciones si verlo en nuestro hermano.

Porque **ver sólo** al Cristo divino es como negar al Jesús hombre real, histórico y personal, y convertirlo en alguien alejado-separado en su trascendencia, en una especie de "tótem" divino cuyos favores pueden obtenerse mediante invocaciones y ritos (visión mítica de la religión). No. Se trata de hacer presente a Jesús, dejando que su mensaje de donación indiscriminada resuene continuamente, cuestionando los intereses propios y poniendo en evidencia los intentos egoístas de apartar a los otros de nuestro lado.

Todos podemos recordar experiencias propias en las que el recuerdo-presencia de Jesús nos pone en evidencia, porque lo que estamos sintiendo-haciendo no se ajusta, desde luego, a su mensaje, al camino que decimos seguir como cristianos. Entonces «tapamos la boca» a Jesús, lo apartamos de nuestro consciente, lo olvidamos, y nos solemos decir: «es que hacer siempre lo que Jesús propone es imposible, hay que ser héroes para ello». Luego, pedimos perdón y a otra cosa... Esto es tener a Jesús dormido en la barca de nuestra vida.

Y esto es lo que les pasaba a las primeras Iglesias. Habían olvidado al Jesús caminante, donador esforzado y sufriente, en el pasado. A ese Jesús que les enseñó con su ejemplo a no huir de las pruebas sino a asumirlas y pasarlas; y no lo sienten vivo (despierto) en ellos.

¿Por qué? Porque no quieren pasar pruebas, no quieren pagar precios. Pero tal actitud no impide que las pruebas lleguen. La realidad se impone y los discípulos, impotentes y fracasados en su pretensión de una iglesia sin riesgos, no tienen más remedio que «despertar» al «Maestro». **Despertar** al Maestro implica acoger-asumir en la vida propia todo lo que ese Jesús del servicio-entrega fue, pasó y vivió, y estar dispuesto a pasar por lo mismo que él pasó, sin pretender huir mágicamente de las pruebas.

Ese es Jesús de Nazaret y ese es el Cristo. Ese es Jesucristo. Porque no hay dos Jesús sino uno: el resucitado es «ese» Jesús de la cruz. El gesto de «despertarle» es, pues, traer a mi vida a ese Jesús completo, es dejar de considerarle como alguien del pasado; y querer que esté presente en mi vida presente, es invitarle a mi ser para que me ayude a vivir mi difícil vida como él vivió la suya.

La queja de los discípulos « *¡Señor, sálvanos que perecemos!*» (que es la que nosotros formulamos muchas veces) expresa la desesperación-frustración y el reproche de los que se ven impotentes ante la adversidad. Esta pregunta es propia de los que tiene a Jesús como un fetiche mágico solucionador de problemas y se quedan frustrados cuando llega la adversidad y les golpea la calamidad que temían. Pero, a pesar de sus errores, esos discípulos no están solos. Jesús sigue "estando con ellos", es incapaz de abandonarles.

El mar en la Sagrada Escritura es la sede los monstruos marinos, símbolo de las dificultades de la vida que debemos afrontar, y el viento que lo agita es nuestro propio miedo a pasar la prueba; ese miedo que paraliza y nos postra impidiendo darnos arriesgadamente para seguir a Jesús. Jesús es capaz de hacer callar ese miedo. ***Pero eso lo hace el Jesús despierto en nuestras vidas.***

Con ese Jesús a tu lado —parece decir Mateo— podrás seguir navegando, podrás caminar. No esperes de él que te evite lo que él no evitó en su propio camino, porque la fe no implica que desaparezcan mágicamente las dificultades.

Pese a todo esto, al final los de la barca no saben quién es Jesús: « *¿Quién es este?*», se preguntan. Siguen sin fiarse de Jesús. Esta es una constante del evangelio en que son llamados por Jesús "ciegos". ¿Quién es este?, ...Es decir, ¿quién puede explicar la paradoja de que Jesús de Nazaret sea paradigma o modelo para vivir, con todo lo que le tocó sufrir y morir?. Esta es la pregunta que nos lanza el evangelio y reflexionemos sobre quién es Jesús para mí y si lo tengo dormido en la barca de mi vida.